

Eliseo Diego:

A través de mi espejo

Eliseo Diego, (La Habana - 1920) es autor de una amplia y deslumbradora bibliografía en prosa y poesía. Para Eliseo, la comunicación de la palabra poética en general es algo que sucede en un pequeño círculo de luz rodeado de la sombra. "A través de mi espejo", se constituye en la iluminación más directa sobre su creación.

(Primera de cuatro partes)

Increíble felicidad sería que la vida y la obra de un poeta formasen un cuerpo solo. Pero si los versos es él quien los escribe, ¿quién, en cambio, va haciéndole la vida? Porque si a su mano esluviense, no hallaríamos sino azul y rosas frescas, enseñándonos muy al revés la experiencia que a menudo acaba todo en un horror de melancolía o en un terciopelo de infierno. Digamos entonces que son el azar y la voluntad quienes hacen con vida y obra lo que buenamente pueden, y resignémonos a ésta como a otras tantas tragedias.

Aparte estará además la cuestión de hasta qué punto difieren ambas, de si la poesía compuesta por el hombre es o no gratuita obra suya que acrece el mundo, o bien simple expresión de una realidad que, como el ser a la imagen, infinitamente lo trasciende. Mayor o menor que la vida, su continuación en el espíritu o su reflejo pálido, como saberlo. Yo echo los ojos bien adentro de mí mismo, cruzo el espejo, y lo sé ya de una vez por todas: poesía y vida comienzan para mí en una sola visión de la dicha. Es ésta:

En el medio mismo del día

1

En medio de una rugiente avalancha de luz está mi padre. / La luz arranca destellos, no, saltos de furiosa nieve / a la pequeña escalinata que mi padre diseñó / desde un humilde orgullo, y vuelan / en astillas de luz los troncos de las palmas. / Cómo sus ropas arden en blanquísimas escuas / que le abrazan la cara traspasándola y fundiéndose / al fuego de una felicidad que os tanto, tanto / más que la consumación de su proyecto, más / que su flora estatura iluminada.

2

Son las once del calor, las once en punto de la vida. / Seguramente que mi padre sabe hasta olvidarlo / qué habrá para el almuerzo, qué hará el lunes, da dónde / vino hace un momento y adónde irá a la tarde. Ahora / simplemente comenta con alguien que se oculta / fuera del vértice de luz –perdido en la penumbra / que ya, despacio, comienza a corroer / las cándidas orillas de la piedra. Su voz / –la do esto oculto– es un rumor oscuro, vago / como un balbuceo de aguas también ocultas o el murmullo / de miríadas de insectos entre la noche ávida.

3

Por fin las cosas comienzan a desmoronarse. Más allá / de la columnilla de fuego transparente que es mi padre / los herajes del Peardosa seránísimo –la máquina / más edificada y voraz del año veinte– voltean por los alres / como un puffedo de arena que uno expare. Y se hunden juntos / los honestos pañuelos, el till blanco, los maletines / del juego de jardín y las divertidísimas cubiertas / que fueron la sal del mundo. Copos de sombra blanca cayendo / por entre la otra blanda sombra irremediable.

4

A recubierta de copos de ceniza, resplandeciente, / tosiendo los finísimos, volanderos andamios de aquel año / atragantándose con la pelusa de la máquina, me entero / preguntándome qué rayos almorzamos a las once, a dónde fuimos. / Seguramente / que mi padre lo sabe, me digo por consuela, pero él / girando en medio de la locura de la luz como un ángel o un derviche, / no puede ya escuchar, no escucha ya sino la música / del riente diluvio de su dicha.

Cuarenta y más años ha debido esperar la visión originaria para que su imagen, o recuperarla, encamase en palabras. Si hubiese en ellas algún mérito, sería el de hacernos sentir la angustiosa desproporción entre el esplendor de la experiencia y el balbuceo que intenta reproducirla. ¿Para qué, entonces, pretenderlo siquiera? ¿Para qué escribir poesía, en suma, si el esplendor de la Realidad, con la mayor de las mayúsculas, no será visto nunca sino "a través de un cristal, oscuramente"? Y sin embargo, es necesario. No puede uno dejar de hacerlo. No tiene fe bastante. Ni laImagen satisface, ni el propio testimonio convence: será preciso mostrar a los demás siquiera un reflejo que nos gane

**Eliseo Diego
POEMA**



su asentimiento: sí, tú lo has visto, porque nos ha hecho verlo a nosotros.

¿Y qué es, en fin, lo que yo he visto, esto que cuento como el primero de mis recuerdos? Mi padre fue comerciante por azar, pero su corazón llenó su tienda de prodigios. Llamóse la Casa Borbolla aquel emporio de objetos de arte, muebles, joyas y, sobre todo, antigüedades. En un breve relato que titulé "Historia de un anticuario" –forma parte de mi libro más reciente– he tratado de rendirle un homenaje que no podrá acabar nunca a mi gusto. El nombre Casa Borbolla tiene aún para mí una resonancia bárbara y medieval que sin duda procede de su asociación con el más bárbaro y medieval de los nombres: el del Ducado de Borgoña. Y entrar en la Casa en nada desmerecía la asociación gratuita: ¡ah! de su penumbra inacabable, atestada de maravillas en exquisito desorden! En materia de pintura el gusto de mi padre no fue ciertamente espectacular –si bien la Casa abrió sus puertas, en una insólita innovación, a algunos de nuestros mejores pintores modernos, entonces principiantes, como Víctor Manuel o Amelia Peláez–, pero, eso sí, era un gusto canónico. De las paredes colgaban sólidos paisajes que abrían otras tantas ventanas a sitios de remota belleza. Ir por la

Casa Borbolla adentro, entre las armaduras aromosas de aceite y pavor, sorteando los bargueños y las frágiles sillas doradas, mirando desde abajo, como un pez atónito, la quilla del galeón, que navegaba colgado del techo; ir por la Casa Borbolla adentro bien valía la pena de vivir. Añadiré que mi padre jamás se aprovechó de nadie ni tuvo nunca conciencia de sí mismo. Prueba de ello es que no me dejó un centavo de herencia, por lo que ya no cesaré de alabarla. No me dejó en herencia más que una poesía y una casa vieja, que era, también, curiosamente, la poesía.

De esta casa vieja, o más bien de sus jardines, trata mi primer recuerdo. Claro que entonces era tan nueva como yo. Mi padre acababa de construirla con la ayuda de sus obreros, que lo querían sin regateos de cariño, y la pequeña escalinata del poema era uno de los últimos detalles que faltaban. ¿No hay una desproporción, me pregunto, entre la sencillez de la escena y la voracidad con que ha quedado ardiendo en mi memoria? ¿Qué vieron mis ojos de niño en la simple alegría con que aquel hombre contemplaba la culminación de un proyecto que no podía ser más humilde? ¿Vieron más de lo que tenían delante? ¿Vieron quizás la Dicha Grande, el "vicio-Dios-que-era bueno", el horno vivo de la terrible alegría de crear, aun cuando sólo fuesen cuatro o cinco escalones de piedra? Yo así lo creo, y de mi creencia saco una lección que me es útil: los mayores gozos de la poesía están reservados para los hombres de corazón puro, y no para nosotros, los escritores. Hay una Poesía escrita a grandes rasgos de luz y sombra, en jeroglíficos de nubes y rostros y árboles, que sólo pueden leer los Inocentes, como, por ejemplo, aquella viejedicta de que nos habla Don Juan Manuel, ya que, asoleándose a la puerta de su iglesia, sabía cuánto hay que saber de los Prodigios; y otra, la nuestra, que es un trasunto en la fatiga de la letra. Otra lección encuentro además –aunque ésta la sabía oscuramente desde que comencé a escribir: cada cosa es ella y es otra al mismo tiempo, y el secreto de la poesía consiste en mostrarnos, a la vez, el derecho y el revés de cada moneda sin quitarle un solo adarme.

Y ya es hora de salir del paraíso, porque el tiempo urge. Muchos de ustedes no comparten mis creencias, por supuesto, pero uno de los grandes placeres de convivir civilizado es hallar algún foco en que puedan coincidir diversas miradas, y la Infancia es uno de ellos. Para mí, la infancia es por el derecho una etapa de la vida humana, y por el revés nada menos que el paraíso en trance de nueva pérdida. No deben ustedes seguirme, sin embargo, más allá del hecho, evidente para todos, de que la inocencia del niño, acompañada como está siempre de casi mágicos poderes, llega un momento en que se pierde. El paraíso de mi infancia tiene un nombre: Arroyo Naranjo, pueblo próximo a La Habana.

(Continuará).

